

sacrificarlo todo a su juramento militar, y no podrá resistir a la tentación de tanto sacrificio. Le daban una revolución ya hecha: no la quiso aquel varón sin astucia. La mejor manera de atraerlo era proponerle empeños difíciles. Toda ansia infinita se encamina a la total entrega como a un término necesario. Nada ha poseído el justo mientras no se ha desprendido de todo. Exploten otros las riquezas que acumuló para los demás su mano virtuosa, el laborioso civismo y las industrias que su gobierno hizo brotar como del suelo. Nunca, nunca lo entendieron, ni era posible entenderlo a lo pobre gente, mucho menos a la gentuza. La razón tiene que aprender a resignarse, en este valle de insensatez. Un buen día la veleidosa fortuna desvía el rostro. El vió que había pasado su hora. Despide a sus hombres —media docena de fieles, que ya es mucho— aguja y se entrega, solo, al retén de Linares. ¡Noche tormentosa del alma, entre campos de abrojos, bajo la mirada fría de las estrellas, cuando convocó a su conciencia en juicio más que salomónico! Para colmo, era Nochebuena, regocijo de los hogares mexicanos. Llegó al cuartel con la ropa desgarrada, que nadie lo hubiera reconocido. Cuando descubrió el embozo, “¡No, mi General, a mí no se me entregue!”, le gritaba, arrodillado, el jefe, su antiguo picador y mozo de espuela. Pero él lo había decidido, y ofrece una vez más su vida, por desdén al hado funesto. ¿Qué otra cosa puede hacer con la vida quien sabe vivirla plenamente? ¡Tírala por la borda, eso es! ¡Pelillos a la mar! —dice el romántico, y arroja a las olas su esperanza.

*

Correo militar

Entre las principales insurrecciones contra Juárez, dejando las de algunos ex-imperialistas sin relieve o la de Negrete en favor de González Ortega —que fué una serie de reveses y dejó el camino de Puebla sembrado de cadáveres— la primera que asumió proporciones amenazantes fué la iniciada el 15 de diciembre de 1869, en San Luis Potosí, como una sublevación local, y que adquirió importancia con las adhesiones de Zacatecas, la guarnición de Orizaba y parte de las tropas de Guadalajara y Querétaro. El movimiento era capitaneado por los generales Aguirre, Larrañaga, Pedro Martínez, García de la Cadena y el Coronel García Granados. En un par de meses quedó liquidada la insurrección por Escobedo y Rocha. En un par de años sobrevendría la mucho más grande conocida por “el Plan de la Noria”.

En enero de 1870, el Cuartel General de la 4ª División, en Durango, que permanecía fiel al Gobierno y se encontraba incomunicado por el levantamiento de Zacatecas y San Luis, confió al Teniente Reyes, cuando éste frisaba en los veinte años, una de esas comisiones difíciles, peligrosas, llamadas honoríficas, y que sólo se dan al que voluntariamente las acepta por su cuenta y riesgo.

Tuvo entonces que atravesar, incógnito y entregado a sus propias fuerzas, las regiones dominadas por los insurrectos, para traer un mensaje a México. Hacía falta ahora mezclar a Aquiles con Ulises, a Rolando con Oliveros, al héroe con el discreto, la bravura con la sutileza. El mensaje de que mi padre era porta-



“SELECTA”

La Cerveza
del Hogar
EXQUISITA Y SUPERIOR

dor fué cosido entre las suelas de un zapato, y el zapatero debió quedar preso hasta el desempeño de la comisión que, según declara la Hoja de Servicios, “fué satisfactoria”.

Andaba ya en terreno enemigo cuando, al tomar una “diligencia”, se percató de que, aunque vestido de paisano, llevaba el capote con los inconfundibles botones metálicos del uniforme militar, y los arrancó presurosamente uno por uno.

El paso por Zacatecas no era cómodo. Lo que dió importancia al levantamiento fué la contribución del Gobernador García de la Cadena, que contaba con abundantes recursos y contingentes numerosos. Mi padre se detuvo a comer en la primera fonda, tratando de disimularse lo más posible, porque estaba llena de insurrectos.

Pero lo quiso su suerte: la posadera, antigua amiga de soldados, “Madelón”, medio vivandera y medio hostelera, no bien le echó los ojos encima, abrió los brazos y cruzó el comedor gritando:

—¡Teniente Reyes! ¡Cuánto bueno por aquí! ¡Dichosos los ojos! ¡El tiempo que hacía...! ¡Qué buenos vientos me lo traen? Y otras boberías por el estilo.

Alguien se incorporó de un salto al oír aquel nombre. Alguna silla cayó al suelo... Pero, en menos que se cuenta, el joven atleta, otro Artagnan, había saltado por el balcón interior al patio y, apoderándose del primer caballo a la vista, ya se había puesto a buen seguro. Sólo se oyó el galope que se alejaba por el empedrado de la calle.

Cuando entraba en la plaza de Zacatecas, García de la Cadena pronunciaba precisamente su sonoro discurso: “El pueblo zacateco no lleva escrito como Tácito en sus banderas que valen más las tempestades de la libertad que las calmas de la servidumbre”. Las palabras se me han grabado, porque mi hermano, en sus mocedades oratorias, solía ensayar la voz con ellas y hacer gorgoritos y ejercicios demostenianos. No hay duda que ellas son de un estilo impecable, bien balanceadas y rítmicas, y que ese golpeteo de la t les presta un vigor singular. ¡Lástimá que estos buenos retóricos, empujados por el orador que llevan dentro y que los arrastra a eso que se llama acción, se pierdan así para las letras! Y es que, como me decía en Madrid el llorado escritor venezolano Pedro Emilio Coll:

—Si usted levanta la voz, tiene que se-

guirla. ¡Hay un peligro en la voz, compañero!

*

Ser portador de un mensaje secreto, y de trascendencia para la suerte de la República ¡qué orgullo para el joven! Hay misiones, encargos, deberes, que sirven como de compañía en medio de la mayor soledad, de confortación entre los más enojosos contratiempos. No andamos solos: un dios nos acude, invisible. Atenea camina, junto al héroe, oponiendo a tiempo su escudo. El monólogo interior con que distraemos el tedio de las esperas o las largas jornadas está cargado de interés. Los sobresaltos, pruebas de resistencia, llenan de orgullo al que los padece. Se marcha sin pisar la tierra, casi por el aire como Iris, la mensajera olímpica. La atención se aguza, los sentidos están de guardia. Una alerta general del alma afina y purifica el ser, dotándolo de facultades nuevas, de adivinaciones increíbles. Allá va el muchacho predestinado, hablando para sí, henchido de gloria y de peligro, cambiando cabalgaduras, reventando cinchas, ya rompiendo por entre el tumulto de las ciudades sublevadas, ya a campo traviesa por veredas y riscos; más de una vez se da por muerto, y más de una vez por inmortal.

El traje hace al caballero
y lo caracteriza

Y la SASTRERIA

“LA COLOMBIANA”

de FRANCISCO GOMEZ e HIJO

le hace el traje en pagos semanales o mensuales o al contado. Acaba de recibir un surtido de casimires en todos los colores, y cuenta con operarios competentes para la confección de sus trajes.

Especialidad en trajes de etiqueta

Tel. 3283 — 30 vs. Sur Chelles
Paseo de los Estudiantes